

LIBERALISMO, HISTORIA Y PROVINCIALISMO EN LAS DÉCADAS CENTRALES DEL SIGLO XIX

Josep Ramon SEGARRA | ESTARELLES* | Universidad de Valencia

La definición que propusiera Benedict Anderson de la nación como una «comunidad imaginada» ha tenido el efecto de desplazar el debate sobre la formación de las identidades nacionales al ámbito de los discursos y de las elaboraciones culturales. Las propuestas de Anderson forman parte de un replanteamiento global de las maneras de entender el análisis de las identidades, que ha tenido unos efectos profundamente desobjetivadores. En estos momentos ya no es sostenible ninguna noción inmanente de identidad (de cualquier identidad), que en un momento u otro se expresaría a través de algún tipo de renacimiento o toma de conciencia por parte de los individuos. Si aceptamos que la identidad no es una propiedad o condición objetiva de unos referentes como la lengua, el género o la posición en la cadena productiva, sino el resultado de una elaboración discursiva que torna significativos una serie de referentes definitorios, entonces, lo fundamental es identificar los patrones de significado en virtud de los cuales una serie de criterios pasan a definir una identidad.¹ Por lo que respecta al caso de las identidades nacionales parece imprescindible partir de los discursos sobre la nación, en concreto de la cultura política liberal en la que el concepto de nación soberana era un «dogma» respecto al cual se definían los distintos liberalismos.

En la España del siglo XIX, la moderna idea de nación iba íntimamente asociada al proyecto liberal que se articuló a partir de la Constitución de 1812 y se afianzó a través de un largo proceso de lucha contra la monarquía absoluta. Los estudios de J. Millán, M.^a Cruz Romeo, A. M.^a García Rovira o I. Burdiel han puesto de mani-

* Este trabajo se ha realizado con la ayuda de una Beca Doctoral de la Fundación Caja de Madrid.

1. Una aproximación general en G. ELEY, y R. G. SUNY, «Introduction: From the Moment of Social History to the Work of Cultural Representation», en G. ELEY y R. G. SUNY (eds.), *Becoming National. A Reader*, Oxford University Press, 1996, pp. 3-37.

2. Ver los trabajos contenidos en P. PRESTON e I. SAZ (eds.), *De la revolución liberal a la democracia parlamentaria*. Valencia (1808-1975), Madrid / València, Biblioteca Nueva / Universitat de València, 2001; y A. M.^a GARCÍA ROVIRA, *La revolución liberal a España y i les classes populars* Vic, Eumo, 1989.

3. F. ARCHILÉS y M. MARTÍ, «La construcción de la nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano», *Ayer*, 35 (1999), pp. 171-190. De los mismos autores, «Satisfaccions gens innocents. Una reconsideració de la Renaixença valenciana», *Afers. Fulls de recerca i pensament*, V: 38 (2001), pp. 157-178.

4. C. FORCADELL, «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidad en el Aragón del ochocientos», comunicación presentada al Congreso Orígenes del liberalismo. Universidad, Política, Economía, Salamanca, octubre de 2002.

5. J. M.^a FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida*, Barcelona, Curial, 1992.

6. M.^a C. ROMEO, «Lenguaje y política del nuevo liberalismo: moderados y progresistas 1834-1845», *Ayer*, 29 (1998), pp. 37-62; «La cultura política del progresismo: las utopías liberales, una herencia en discusión», *Berceo*, 139 (2000), pp. 9-30.

fiesto el carácter rupturista (tanto en sentido socioeconómico como político) de la revolución liberal en España, así como el papel fundamental que en ese proceso revolucionario tuvo una movilización política sin límites sociales restrictivos.² El origen revolucionario de la nueva sociedad fue decisivo en la consolidación de la nueva identidad nacional, pero, a su vez, dejó una herencia política muy difícil de gestionar en el contexto posrevolucionario. Un legado especialmente conflictivo en ciudades como Barcelona, Valencia o Zaragoza donde el liberalismo más avanzado había marcado el ritmo del proceso revolucionario y, a partir de 1843, se vio desalojado del poder.

Desde mi punto de vista, tomar en consideración todo este bagaje historiográfico invita a replantearse, como ya han hecho algunos autores, el análisis de las identidades colectivas en la España del ochocientos. M. Martí y F. Archilés han insistido en que durante el siglo XIX en el País Valenciano se llevó a término una efectiva construcción simbólica de la región dentro del marco de la nación española.³ Un planteamiento que también ha sido aplicado por C. Forcadell en el caso aragonés.⁴ Esta perspectiva, en general, se ayuda del concepto de «doble patriotismo» que propusiera J. M.^a Fradera ya hace algunos años.⁵ En definitiva, todo ello permite una lectura más rica del proceso de nacionalización y de articulación de las identidades regionales durante el siglo XIX. En especial, abre la posibilidad de plantearse la construcción de identidades locales y regionales no en términos contradictorios (ni mucho menos como pervivencias), sino como parte del proceso de construcción de la nación española. En este sentido es importante profundizar en un análisis de la formación de discursos «provincialistas» desde una consideración que valore el impacto de la revolución y las diferencias entre los liberalismos durante y después del proceso revolucionario.⁶

En la presente comunicación trato, en primer lugar, de analizar las líneas generales de la formación del discurso «provincialista» en Aragón, Cataluña y el País Valenciano en su relación con el proyecto de nación española durante las décadas centrales del siglo XIX. Para ello haré especial referencia al caso de estudio que ofrece la obra del historiador y literato valenciano Vicente Boix, situándola en el contexto de la construcción del Estado centralista de los moderados a partir de la década de 1840. En segundo lugar, intento poner de manifiesto las relaciones que se establecen entre los procesos políticos del siglo XIX y los cambios que sufre ese «provincialismo» liberal.

EL SURGIMIENTO DE DISCURSOS «PROVINCIALISTAS»

En 1808 la quiebra dinástica provocada por la invasión napoleónica desencadenó una crisis de soberanía sin precedentes que se sal-

daría con la aparición en escena de un nuevo sujeto político soberano y unitario: la nación española. En aquel contexto proliferaron las llamadas «juntas», es decir, unos poderes de ámbito territorial que por sus características rompían radicalmente con lo que había sido la tradición política de la monarquía absoluta y, además, introducían una dinámica «federalizante» inédita. En la medida que el ideal de autogobierno podía ser entendido como un poder representativo de ámbito territorial, el juntismo provincial o municipal fue una fuente de tensiones también respecto a la nueva nación soberana.⁷ A partir de los años decisivos que median entre 1835 y 1843, el proyecto juntista y municipalista fue patrimonio del progresismo y del incipiente republicanismo frente al designio estatalista y centralista de los sectores más moderados que finalmente se impondrían.

Juntismo y municipalismo implicaban, naturalmente, un modelo de Estado alternativo al centralismo autoritario de los moderados, pero también conllevaban una concepción diferente del papel del ciudadano en la esfera política, en concreto la primacía de una ciudadanía activa que exigía una implicación directa a través de instituciones que ejerciesen una función vigilante desde abajo, como la Milicia o el municipio.⁸ Lo que el municipalismo potencialmente federal no implicaba en absoluto era una reivindicación particularista que matizara o discutiera el proyecto liberal de nación española. De hecho las propuestas de signo progresista y republicano se legitimaban en una interpretación del pasado según la cual la historia de España respondía a una eterna dialéctica entre la libertad y el despotismo. Una narración del pasado heredada, en buena medida, de los propios debates constitucionales de Cádiz que trataba de buscar un espacio para la nación independiente de la monarquía. Una versión del pasado que, además, hacía referencia, casi exclusivamente, a episodios de la historia castellana, cuyo ejemplo paradigmático era las Comunidades de Castilla.

En parte por la propia lógica de ese lenguaje que ponía el énfasis en la historia nacional como historia de la libertad y, en parte, debido a la dinámica esencialmente local del proceso revolucionario, se fue activando la memoria de los antiguos reinos forales que habían sucumbido a manos de la monarquía absoluta. En la medida que la nación se afirmaba frente al absolutismo despótico, lo que en realidad era una ruptura con el pasado podía adoptar la forma de una apelación militante a los fueros medievales, como se observa, ocasionalmente, en el lenguaje de las juntas de Barcelona, Valencia y Zaragoza entre 1835 y 1843.⁹ No es casualidad, por tanto, que también sean grupos intelectuales del entorno progresista los que den el primer impulso a la elaboración del pasado «provincial» en un sentido inequívocamente liberal y anticontralista.

7. J. M.^a PORTILLO, «Federalismo y nación en los orígenes del liberalismo español», *Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades* (2003). A. MOLINER, *Revolución burguesa y movimiento juntero en España*, Lleida, Milenio, 1997.

8. M.^a C. ROMEO MATEO, «Los mundos posibles del liberalismo progresista», en E. LA PARRA y G. RAMÍREZ (eds.), *El primer liberalismo: España y Europa, una perspectiva comparada*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2003, pp. 287-314.

9. I. BURDIEL, *La política de los notables*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1987, pp. 193-194; C. F. de ESPÉS MANTECÓN, *Los motines y la formación de la Junta Revolucionaria de Zaragoza en 1835*, Universitat de València, Tesis de Licenciatura inédita, pp. 60-65, y A. M. GARCÍA ROVIRA, *La revolució liberal a Espanya i les classes popular*, op. cit., p. 387.

Como ha puesto de relieve A. M.^a García Rovira en Barcelona, inicialmente, fue en el grupo de tendencia progresista de Andrew de Covert-Spring y la revista *El Vapor* (1836) donde se desarrollaron las primeras polémicas a propósito del «provincialismo».¹⁰ Aunque comparado con otros contextos, en el caso catalán el viraje conservador de este discurso es muy precoz,¹¹ lo cual no excluye la continuidad de un provincialismo progresista cuya figura más relevante fue Víctor Balaguer. Por lo que respecta a Aragón, C. Forcadell ha señalado la importancia de Braulio Foz y del grupo romántico de literatos progresistas vinculados al semanario *La Aurora* publicado entre 1839 y 1841 (G. Borao, M. Lasala o J. M.^a Burriel entre otros).¹² Asimismo, es importante señalar que durante esos años se produce una gran proliferación de dramas históricos de tema aragonés por parte de autores como M. A. Príncipe o G. Borao quienes, sin solución de continuidad, pasan de evocar al conde don Julián o al Cid a centrarse en el Justicia de Aragón.¹³ En el caso valenciano hay que hacer referencia al periódico progresista *El Mole* (1837), íntegramente escrito en catalán y, sobre todo, como veremos a continuación, a la obra de Vicente Boix.¹⁴

Este discurso provincialista había surgido, como hemos visto, en el momento revolucionario e iba íntimamente asociado al proyecto liberal progresista e, incluso, republicano. Ahora bien, la década de 1840 marcó un antes y un después por lo que respecta a la consolidación y, también, al nuevo rumbo que emprendería este planteamiento. En efecto, al menos desde principios de la regencia de Espartero los progresistas, como todos los liberales de orden, se habían marcado como principal objetivo cerrar el proceso revolucionario, es decir, instaurar un orden liberal estable que asegurase los logros alcanzados y alejase los sinsabores de la revolución. En la creación del nuevo orden posrevolucionario cabía la posibilidad de que el lenguaje movilizador de matriz juntista dejara paso a un tono evocador sustancialmente distinto. La evocación de las glorias regionales podía funcionar como una forma de legitimación cultural de las nuevas elites locales y provinciales. Pero, por otro lado, la deriva estatalista y autoritaria de los moderados en el poder permitió que el provincialismo continuara siendo un discurso crítico en un sentido anticentralista e, incluso, anticastellano.

EL CASO DE VICENTE BOIX

Vicente Boix inició su trayectoria ideológica y cultural en el magma romántico del liberalismo avanzado de los años treinta. Se había formado en el ámbito del progresismo valenciano durante los años de la revolución liberal. Escolapio (exclaustrado en 1837),

10. A. M. GARCÍA ROVIRA, «Los proyectos de España en la revolución liberal. Federalistas y centralistas ante la inserción de Cataluña en España (1835-37)», *Hispania*, LIX/3, 203 (1999), pp. 1007-1031.

11. J. M. FRADERA, *Cultura nacional en una societat dividida*, op. cit.

12. C. FORCADELL, «Del viejo Reino al nuevo Estado liberal: ciudadanía, liberalismo e identidad en el Aragón del ochocientos», op. cit. V. MAZA, «La cara pública del liberalismo. Ámbitos de sociabilidad liberal-burguesa en Aragón (1834-1845)», en I. PEIRÓ y P. RÚJULA (coords.), *En construcción. Historia local contemporánea*, Daroca, Centro de Estudios Darocenses-Institución «Fernando el Católico», 2003, pp. 233-245.

13. M. AGUDO CATALÁN, «Dramas históricos aragoneses (1840-1850): en busca de una identidad regional», *Artígrama*, 13, 1998, pp. 147-166. C. FORCADELL, «El mito del Justicia en el imaginario del liberalismo español», en *Primer encuentro de estudios sobre el Justicia de Aragón* (Zaragoza, 19 y 20 de mayo de 2000).

14. M. MARTÍ y F. ARCHILÉS, «La construcción de la nación española durante el siglo XIX: logros y límites de la asimilación en el caso valenciano», op. cit.

alistado en la Milicia Nacional desde finales de 1838, Boix comenzó a ganar celebridad como «poeta popular» al mismo tiempo que colaboraba en la prensa progresista. Pero pronto fue alejándose de su progresismo inicial para tomar partido por la tendencia republicano-demócrata que se articuló en Valencia a finales de los años treinta y que llegó a gobernar la ciudad, en un clima de extrema crispación política, durante el Trienio Esparterista (1840-1843).¹⁵ Sin embargo, su exaltación liberal encontró entonces el punto de inflexión. Desengañado del gobierno de Espartero, participó muy activamente en la heterogénea coalición opositora que protagonizó el alzamiento de junio de 1843. Ahora bien, con el triunfo de los moderados sus pasadas veleidades radicales lo condenaron al ostracismo político. A pesar de la profunda frustración que para él significó el orden político posrevolucionario, su formación intelectual le permitió ocupar una posición destacada en el mundo cultural valenciano a partir de 1840 y hasta su muerte en 1880.¹⁶

Entre 1838 y 1843 Vicente Boix vivió años de una febril actividad cultural y política. Entonces comenzó a participar del discurso patriótico absolutamente centrado en una serie de contenidos de carácter histórico que habían sido fijados, en parte, por la tragedia española del siglo XVIII (motivos goticistas, el Cid, Don Pelayo, etc.) y por otro lado, por la tradición historiográfica derivada de los debates constitucionales de Cádiz (fundamentalmente los distintos episodios que habrían marcado el proceso de pérdida de las libertades medievales y el consiguiente avance del absolutismo).¹⁷ Sin embargo, muy probablemente fue ya durante el Trienio Esparterista, en plena euforia republicana en la ciudad de Valencia, cuando este autor comenzó a sustituir los referentes históricos castellanos por otros procedentes de la historia valenciana. Su propuesta como miembro de la Junta de Salvamento, en junio de 1843, para que la capilla de los Reyes del convento de Santo Domingo de la ciudad fuera declarada «panteón provincial» es indicativa al respecto.¹⁸ Estos también fueron los años en los que proyectó su obra más importante, la Historia de la ciudad y reino de Valencia, porque, según decía, «halagaba nuestro espíritu de provincialismo».¹⁹ Pero fue, sobre todo, a lo largo de la década de 1840 —en un contexto marcado por la construcción del Estado centralista de los moderados— cuando se acentuó la definición de su planteamiento.

En ese proceso, la serie de artículos sobre la revuelta de la Germanía que publicó entre 1846 y 1847 en la revista *El Fénix* representan un momento clave. En estos artículos un lenguaje de carácter «fuerista» desplazaba completamente los temas procedentes de la historia castellana y, además, la nueva sensibilidad se expresaba a contracorriente. Para Boix era necesario dar a conocer «nuestro

15. F. RODRÍGUEZ SERRES, *Vida política valenciana durante el periodo de la regencia de Espartero*, Universitat de València, (tesis de licenciatura inédita), 1985.

16. J. R. SEGARRA, *De la república a la región. «Provincialismo» y doble patriotismo en l'obra de Vicent Boix (1813-1880)* (trabajo de Investigación de Tercer Ciclo inédito), 2002. E. ORTEGA, *Vicent Boix. Aproximació biogràfica al romanticisme valencià*, València, IVEI, 1987.

17. Sobre los referentes históricos del liberalismo gaditano, ver J. M.^a PORTILLO, *Revolución de nación. Orígenes de la cultura constitucional en España, 1780-1812*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2000 y X. ARBÓS, *La idea de nación en el primer constitucionalismo español*, Barcelona, Curial, 1986. Sobre la tragedia española del siglo XVIII, ver M. ONAINDÍA, *La construcción de la nación española*, Barcelona, Ediciones B, 2002.

18. V. BOIX, *Memoria histórica de la apertura de las capillas de S. Vicente Ferrer y de los Reyes en el estinguído convento de Santo Domingo de Valencia*. València, Imprenta de J. de Orga, 1844, p. 6.

19. «Introducción» a V. BOIX, *Historia de la ciudad y reino de Valencia*. València, Imprenta de Benito Monfort, 1845.

antiguo sistema foral», la especificidad del cual habría de ayudar a distinguir «la guerra de la Germanía de la que con el nombre de comunidades asoló al mismo tiempo las Castillas», puesto que, a su modo de ver, la primera constituía el modelo de la lucha del pueblo «por sostener ilesos sus antiguos recuerdos, y sus leyes, y su independencia».²⁰

De esta manera presentaba aquello considerado valenciano en contraposición a Castilla y, al mismo tiempo, este provincialismo se ponía al servicio de una evocación de la plenitud perdida y, por tanto, de una reflexión sobre la decadencia valenciana. Así pues, en sus artículos V. Boix recreaba al pueblo valenciano del siglo XVI como un ejemplo de virtudes, que respetaba y participaba del régimen de libertades instaurado y garantizado por los fueros. Supuestamente, el orden foral se sustentaba en el equilibrio entre todas las clases, en particular en la participación activa de los plebeyos en los negocios públicos como contrapartida al mayor poder privado de los nobles. La «guerra» de la Germanía habría sido el resultado de la ruptura de aquel orden virtuoso por parte de una nobleza que «excesivamente rica», no toleraba «sujetarse a las severas y espartánicas leyes del consejo».²¹ Por consiguiente, para Boix, los aristócratas valencianos —demasiado poderosos— pugnaron por romper «el equilibrio que los fueros habían establecido entre todas las clases de la sociedad valenciana». Por eso, «[l]a medianía de unos y la grandeza de los otros, se puso en abierta lucha».²²

20. V. BOIX, «Origen y carácter de la guerra de la Germanía II», *El Fénix*, 8 de agosto de 1847.

21. *Ibidem*.

22. V. BOIX, «Origen y carácter de la guerra de la Germanía V», *El Fénix*, 29 de agosto de 1847.

23. C. GARCÍA MONE-RRIS, «La diversidad de los proyectos políticos en el primer debate preconstitucional español. Canga Argüelles, Ribelles y Borrull en el contexto de la política valenciana», en A. GIL NOVALES (ed.), *La revolución liberal*, Madrid, Ed. del Orto, 2001, pp. 111-134, y de la misma autora, «Lectores de historia y hacedores de política en tiempos de fractura “constitucional”» (texto inédito cuya consulta agradece-mos a la autora), pp. 43-44.

24 *Ibid.*, pp. 39-40. Ver también J. M.^a PORTILLO, *Revolución de nación*, op. cit. pp. 270-275.

El esquema interpretativo subyacente a la serie de artículos sobre la Germanía procede de la obra del jurista y diputado en las Cortes de Cádiz Francisco Xavier Borrull, sobre todo, por lo que respecta a la importancia que V. Boix otorgaba a la idea de equilibrio como característica esencial del sistema político instaurado por el rey Jaime I.²³ Vicente Boix, sin embargo, no seguía a Borrull en sus derivaciones realistas y antiliberales, sino que se limitaba a apropiarse, fundamentalmente, de la interpretación antidespótica del código foral que hay en la obra del jurista valenciano.²⁴ De hecho, la genealogía de los planteamientos de Boix es extraordinariamente compleja y difícil de delimitar. Vicente Boix se hace eco de una tradición procedente de los debates constitucionales de 1810 (de la cual formaba parte Borrull), pero, al mismo tiempo, su obra recoge ese discurso a través del juntismo de los años treinta, según el cual las antiguas constituciones forales no eran tanto fuentes doctrinales en las que inspirarse como el símbolo de las libertades medievales, que podía oponerse a la monarquía absoluta en crisis.

En la formación de ese discurso no se puede ignorar la importancia de la experiencia directa que este autor tuvo de la revolución.

Boix imaginaba el Reino medieval como un universo virtuoso, en el cual la sociedad estaba regida por un rey-padre como una especie de gran familia y, a la vez, los Fueros vertebraban la esfera público-política a través de un procedimentalismo severo e inalterable, que garantizaba el funcionamiento ordenado con la mínima intervención de intermediarios «ministeriales». Esa reinención del Reino como un mecanismo casi automático, en el que la participación popular en la política está rígidamente institucionalizada, connotaba una fuerte aprehensión a los peligros de una política tumultuaria que podía derivar de una movilización popular. Por tanto, la mirada escapista de Boix estaba profundamente perturbada por los conflictos de su presente y por la frustración que, para sus expectativas políticas, significó la hegemonía moderada.

Toda esta loa del pasado foral, por tanto, también expresaba una crítica del Estado centralista que entonces se estaba construyendo, una crítica que iría haciéndose cada vez más explícita. Durante los primeros años cincuenta, provincialismo y anticentralismo (como las dos caras de una misma moneda) ocuparon cada vez más el centro de su reflexión. En este sentido, las ideas expresadas en la introducción —escrita a finales de 1853— a su libro *Apuntes históricos sobre los Fueros del antiguo Reino de Valencia* son bastante significativas:

La centralización exagerada de nuestros días ha dado el último golpe á la exigua independencia que disfrutaban todavía nuestras Municipalidades. Las provincias no son ya más que unas colonias desangradas: envían al corazón su sangre, sus riquezas, su historia; la vida va de los extremos al centro: en cambio recibimos la Gaceta.²⁵

Vicente Boix podía presentar el Estado centralizado de su tiempo como la continuación de la tradición despótica de los Borbones, que, además, era una «idea», afirmaba, «importada de Francia» y, por tanto, ajena al carácter español.²⁶ Esta crítica del centralismo se hacía, como ya se ha visto, desde un patriotismo «provincial», por lo cual, remitía sin solución de continuidad a un ideal eminentemente municipalista que estaba en el centro de la tradición progresista.

LAS POSIBILIDADES POLÍTICAS DE UN PROVINCIALISMO PROGRESISTA

La trayectoria de Vicente Boix no es tan singular como en principio pueda parecer, y sus intereses intelectuales tampoco. En este sentido, la comparación con el mundo cultural catalán y aragonés puede ser iluminadora. Evidentemente, no se trata de descubrir coincidencias, sino de señalar la importancia de esta corriente dentro del progresismo. En efecto, ya desde 1845 Boix mantuvo una

25. V. BOIX, *Apuntes históricos sobre los Fueros del antiguo Reino de Valencia*, València, Imprenta de Mariano Cabrerizo, 1855, pp. VII-VIII.

26. Con la Nueva Planta, decía Boix, «España perdió su primitivo carácter nacional, y desde entonces, casi siempre satélite de la Francia, ha visto perder sus costumbres y sus tradiciones» en *Xàtiva. Memorias, recuerdos y tradiciones de esta antigua ciudad*, Xàtiva, Imprenta y librería de Blas Bellver, 1857, p. 245.

estrecha amistad con Víctor Balaguer, desde mi punto de vista, una figura clave para entender el cruce entre liberalismo y regionalismo durante el siglo XIX.²⁷ Balaguer, de hecho, también mantuvo una colaboración muy estrecha con algunos de los intelectuales progresistas aragoneses más importantes, como Braulio Foz, Manuel Lasala y, sobre todo, con Gerónimo Borao.

La amistad entre Boix y Balaguer databa de la estancia que el literato catalán hizo en Valencia en octubre de 1845, cuando entró en contacto con el grupo de *El Fénix*; revista en la cual publicó algunas poesías y narraciones de carácter medievalizante.²⁸ De hecho, parece muy probable que Balaguer animara los proyectos literarios de Boix además de servirle de puente con el mundo cultural barcelonés. Pero sus coincidencias iban más allá de los intereses literarios, o mejor dicho, éstos no pueden separarse de su común tradición política.

En efecto, el anticentralismo enfático de Boix no podía dejar de tener implicaciones políticas más o menos directas. Inevitablemente, sus manifestaciones provincialistas suponían una crítica contundente a la élite moderada. A pesar de lo aislado que se encontraba en la política valenciana, todo parece indicar que, entre 1853 y 1854, Boix se convenció de que había esperanzas de cambio político. En la coyuntura del Bienio Progresista parecía que su provincialismo progresista tenía sentido.²⁹ Todo recordaba el espíritu de unión de los patriotas que se había frustrado en 1843. La esperanza de un liberalismo de orden, pero integrador, invitaba nuevamente a la acción política a todos aquellos que apostaron por cerrar la revolución en 1843 y vieron malogradas sus aspiraciones por la hegemonía de los moderados. En efecto, como decía Gerónimo Borao, el «movimiento nacional» de junio de 1843 que coaligó a moderados, algunas facciones del progresismo y republicanos contra el gobierno de Espartero fue una «ofuscación lamentable», una ocasión perdida, «cuya candidez no puede ya merecernos la más leve recriminación»;³⁰ en cualquier caso había llegado la hora de rectificar.

Vicente Boix, junto con Gerónimo Borao y Víctor Balaguer, como representantes de las respectivas juntas, llevaron a término gestiones al más alto nivel. En 1854, mantuvieron una reunión con el general Espartero para propiciar un gobierno progresista.³¹ Ese mismo año Balaguer, Boix y Borao eran las cabezas visibles de un nuevo periódico que fundó Balaguer en Barcelona: *La Corona de Aragón*, que se presentaba con un propósito que no ofrecía lugar a dudas: «La Corona de Aragón como recuerdo, modelo y ejemplo de las patrias libertades; España constitucional y regenerada como patria común; la Unión Ibérica como ideal y aspiración suprema».³² Desde las páginas del periódico se movilizaba una determinada

27. J. PALOMAS, «Víctor Balaguer. De catalanista progressista a notable liberal», *El contemporani*, 24, (julio-diciembre 2001), pp. 20-24, y el dossier «Víctor Balaguer. Romàntic i liberal», *L'Avenç*, 262 (octubre 2001).

28. R. ROCA RICART, «Víctor Balaguer i la revista valenciana *El Fénix* (1844-1849)», en *El segle Romàntic. Actes del col·loqui sobre romanticisme, Vilanova i la Geltrú*, Biblioteca-Museu Víctor Balaguer, pp. 526-527.

29. F. DECHENT, «Vida de Don Vicente Boix», *Obras literarias selectas de Don Vicente Boix*, València, T. Llorente, 1888, p. 41.

30. G. BORAIO, *Historia del Alzamiento de Zaragoza en 1854*, Zaragoza, Imprenta del instructor, 1855, pp. 11-12.

31. R. RODRIGO, «Vicent Boix i Víctor Balaguer: dues biografies en convergència», en *Miscel·lània Joan Fuster VII*, Barcelona / València, Publicacions de l'Abadia de Montserrat / Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 1993, pp. 206-207.

32. «Prospecto»; *La Corona de Aragón*, aparecido el domingo 22 de octubre de 1854.

imagen de la Corona de Aragón en la cual las antiguas instituciones forales eran el modelo de la verdadera tradición nacional española «que se absorbió violentamente a las plantas de Felipe V». ³³ En este sentido se identificaba la pérdida de los fueros con el inicio de la decadencia de España bajo la férula de un rey extranjero. La articulación de la nación española en un Estado centralista de cuño castellano era, según Boix, «un desprecio a nuestra historia» que solamente se explicaba por el «temor del principio democrático [...], de los derechos del pueblo [...] y de la libertad». ³⁴

En el contexto del progresismo catalán, el nuevo periódico se aplicó a dar forma a una opción progresista de orden a partir de un programa que, a grandes rasgos, estaba compuesto por los siguientes puntos. De entrada se presentaba como un proyecto patricio que optaba por una política económica proteccionista y por una disposición conciliadora respecto a «las clases obreras»; apostaba por superar la Constitución de 1845 mediante la elaboración de una nueva Carga Magna intransigente en los principios de soberanía nacional y monarquía constitucional, una nueva constitución que podría ser una actualización de la de 1837; además el nuevo modelo de Estado debía basarse en la descentralización municipal y provincial que era, decían, el «espíritu» de «nuestros antiguos fueros» y, finalmente, la línea editorial del periódico apostaba decididamente por Espartero como a líder natural de este progresismo recompuesto. ³⁵

Este proyecto enarbolaba una representación de la antigua Corona de Aragón pero, como ya es evidente, no era un proyecto aragonés, catalán y valenciano, sino que se dirigía, sobre todo, al espacio público barcelonés. Precisamente allí donde la imaginería de un provincialismo progresista tenía más posibilidades de traducirse en un proyecto político, pero también donde la figura del general Espartero era muy difícilmente presentable desde que ordenara el bombardeo de Barcelona en noviembre de 1842. A la altura de 1855-56, con el fracaso del régimen progresista, las posibilidades políticas de aquel progresismo provincialista se revelaron más bien escasas. A pesar de todo, con el revulsivo del lenguaje de las nacionalidades que entonces recorría Europa, Víctor Balaguer consiguió rehacer su posición y continuar una carrera política especialmente exitosa.

La implosión del progresismo catalán en 1856 dejó un espacio político susceptible de ser recompuesto si se tenían las herramientas adecuadas. Como ha puesto de manifiesto Albert Garcia Balanyà, Víctor Balaguer estaba dispuesto a capitalizar sus habilidades para la política simbólica poniéndolas al servicio del

33. La Corona de Aragón, 16 de noviembre de 1854.

34. La Corona de Aragón, 5 de noviembre de 1854.

35. La Corona de Aragón, 22 de octubre, 5 y 16 de noviembre y 3 de diciembre de 1854.

progresismo en obligada reconstrucción. En buena medida, Balaguer se hizo un espacio entre el progresismo catalán gracias a su gestión casi populista de la guerra de África y de la figura del general Prim, en la que colaboraban eficazmente las referencias a los almogávares y a las glorias medievales.³⁶

En cambio, para Vicente Boix el resultado de la aventura política del Bienio Progresista fue, otra vez, frustrante. Este nuevo fracaso político lo alejaría definitivamente de toda veleidad partidista. Como ha señalado Jesús Millán, la mayor integración del espacio político valenciano no ofrecía el tipo de oportunidades que supo aprovechar Víctor Balaguer en Barcelona³⁷ y Boix no participó del revulsivo que fue el lenguaje de las nacionalidades para Balaguer. Además y a falta de más investigaciones sobre el progresismo valenciano, todo apunta a que el tipo de provincialismo que Vicente Boix articuló se encontraba bastante aislado en el contexto valenciano. Hay que añadir, además, que Boix no parecía dispuesto a seguir la vía movilizadora e, incluso populista, en la que tan cómodo se sentía Balaguer. Eso no significa, sin embargo, que no se entusiasmara con el clima nacionalista que rodeó a la guerra de África. De hecho, en octubre de 1859 V. Boix asumió la dirección de la revista *El Guadalaviar* y fue a partir de entonces que esta publicación cultural dedicó la edición completa a temas relacionados con la guerra y con los territorios africanos que —según decía Boix aquellos días— tenían que ser «redimidos» de su barbarie por los soldados españoles.³⁸ Pero a partir de 1856, Boix se reafirmó en un apoliticismo característico de la cultura posrevolucionaria y que, en su caso, no dejaba de significar un viraje respecto a la efectiva trascendencia política que su provincialismo había tenido durante el Bienio.

En 1857 abrió el libro que dedicó a Xàtiva, su ciudad natal, con estas palabras:

Vuelvo á mi soledad, perseguido por nuevos desengaños: vuelvo á mi pobre tugurio, buscando la paz del corazón, y atravesando, para llegar á él, la espantosa behetría que producen los gritos de las pasiones políticas. Nada nuevo he dejado todavía en ese campo de ardiente lava: la humanidad que camina á su progreso y á su perfección se ve aun condenada á agitarse en estrechos círculos de hierro, donde la sujetan los más encontrados intereses.³⁹

En esta obra Boix expuso una especial disposición afectiva, sentimental y, en este caso, deliberadamente apolítica. Un discurso fuertemente afectivo que cumplía a la perfección la intención del autor de hacer una ofrenda, un homenaje a la ciudad que lo vio nacer, pero que, además, permitía presentar la labor cultural como una alternativa a la acción política e, incluso, como una barrera ante

36. A. GARCIA BALANYÀ, «El primer Balaguer o la temptativa populista a la Catalunya liberal (1859-1869)», *L'Avenç*, 262 (2001), pp. 36-41.

37. J. MILLAN, «El País Valencià en l'inici de l'Estat centralista del vuit-cents. Una aproximació», en *Homenatge a Mañé i Flaquer, un cas paradigmàtic*, Barcelona, Museu Nacional d'Història de Catalunya, 2002.

38. *El Guadalaviar*, el 4 de noviembre de 1859.

39. V. BOIX, *Xàtiva...*, op. cit., p. VII.

la movilización de las masas. Así se felicitaba por el hecho de que el pueblo de Xàtiva fuera «bueno, dócil, sufrido y obediente», un carácter que «le salva de las funestas consecuencias de una lucha [...] encarnizada».⁴⁰ En aquel momento, se trataba de llevar a término una labor de elevación del pueblo, a través de una literatura moralizadora y pedagógica:

¿Quién personificará la fuerza de atracción hacia lo mejor? En los primitivos siglos fue la fuerza material; en los que le siguieron la creencia ciega y fanática: en los siglos modernos, que las revoluciones han atravesado, será la fe instruida, la fe apoyada en la Historia: la salvación de la sociedad actual se cifra en la instrucción de las masas.⁴¹

Había que diseminar entre el pueblo lo que Boix denomina confusamente «lo mejor». Más allá de la pedagogía no había salvación. La movilización popular, ya se había visto, sólo conducía a agudizar las pasiones políticas y los egoísmos irreconciliables. Vicente Boix llegó a la conclusión que la única reforma política posible pasaba por una pedagogía paciente y alejada de fatales ilusiones revolucionarias. Así, el reino medieval podía ser presentado como el modelo de perfección y patriotismo auténtico a recuperar.

La propuesta de V. Boix, es cierto, renunciaba a la movilización popular. Sin embargo, es importante destacar que el orden social al que implícitamente aspiraba este discurso no era excluyente en el sentido que lo era el proyecto moderado. Lo que se propugnaba era una integración subordinada del pueblo, en el caso de Boix, mediante un proyecto de elevación moral.⁴² Pero este proyecto también podía desarrollarse a través de modalidades simbólicas de integración bastante más atrevidas y, por cierto, más típicamente nacionalistas. En este sentido, por cierto, la gestión populista de la campaña de África por parte de Balaguer tiene un inconfundible cuño progresista.

En el contexto posterior al fracaso progresista de 1856 estas propuestas de signo provincialista ser vieron obligadas a profundizar, todavía más, en la revisión de sus postulados. Como hemos visto, este fue el caso de Boix en el contexto valenciano, pero quizá sea más significativo el caso de otro pionero del provincialismo, el aragonés Manuel Lasala, quien por su formación jurídica podía dar a su reflexión un significado político mucho más explícito. Junto con G. Borao, Manuel Lasala había sido uno de los principales protagonistas del alzamiento de 1854 en Zaragoza, en la Junta del Gobierno él fue el adalid del liberalismo más avanzado.⁴³ Sin embargo, como en el caso de Boix, la frustración por el resultado de la experiencia del Bienio le llevó a ahondar en una reflexión muy original sobre el

40. *Ibidem*, p. 407.

41. *Ibidem*, p. XI.

42. M.^o C. ROMEO MATEO, «Los mundos posibles del liberalismo progresista», *op. cit.*

43. G. BORAÑO, *Historia del Alzamiento de Zaragoza en 1854*, *op. cit.*, pp. 39-40 y 60.

sistema político liberal en España que, a través de su provincialismo, lo conduciría a las fronteras del propio progresismo.

Según Manuel Lasala, la hegemonía moderada en las décadas centrales del siglo debía ser interpretada como un fracaso sin paliativos del proyecto liberal; para él, el esfuerzo «por arraigar en [en España] el régimen representativo», se había saldado con «mengüado éxito». Ahora bien, la frustración de las propuestas progresistas no debía hacer que «se susciten dudas sobre su bondad, ni sobre la conveniencia de su aplicación», sino «del errado camino por donde nos empeñamos en alcanzarlas». El empeño de los liberales por «restaurar» el sistema constitucional en España siempre se había hecho «[c]on repetidas protestas de españolismo» pero, para él, las formas de la libertad no se habían buscado en la genuina tradición española sino que se habían importado del sistema francés.⁴⁴ Según Lasala, la clave del problema no ofrecía lugar a dudas:

Rompiendo con nuestra historia y nuestras tradiciones (á fuerza de estranjerizarnos), hemos conseguido el alejamiento, más todavía, el completo divorcio de muchas gentes, que miran aun con respeto y con veneración acaso, el recuerdo de lo que fuimos, y de lo que podríamos ser, no más que cultivando la heredad de nuestros mayores.⁴⁵

44. M. LASALA, Examen histórico-foral de la Constitución Aragonesa por..., Madrid, Imprenta de los señores Rojas, 1868, p. XXVI-XXVII.

45. *Ibidem*, p. XXVIII.

46. *Ibidem*, pp. XXIII-XXIX.

47. «Discurso de Víctor Balaguer y contestación de Salustiano Olózaga el 14 de Mayo», en A. M.^a CALERO (ed.), Discursos parlamentarios. Monarquía y democracia en las Cortes de 1869, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1987, pp. 83 y 86. El discurso añade otras observaciones, como que «no hemos de ir á inspirarnos en el extranjero para aprender a ser libres», puesto que no había una forma de gobierno «que sea más española, más nacional, más indígena, más ibérica que la monarquía democrática» (p. 86).

Así pues, el asiento de la libertad había que buscarlo, no en doctrinas extrañas, sino en la propia tradición. Este giro no implicaba renegar del proyecto liberal, entre otras razones porque se amparaba explícitamente en el prestigio del sistema político británico, pero sí que implicaba abandonar la vía revolucionaria hacia su consecución. Por eso, se lamentaba, de que el procedimiento a seguir por el liberalismo español «debió consistir no en edificar de nuevo, sino en reconstruir mucho de lo antiguo, y entonces la solidez de la base hubiese asegurado la consolidación del edificio». Por ello, el autor se proponía volver al principio, a una labor de «reconstitución» de lo que eran «los principios constitucionales» de España antes de que éstos fueran destruidos por «las casas de Austria y su sucesora», en especial a lo que, según él, fue el Fuero de Sobrarbe y en general a las «libertades» de la «Corona aragonesa que ni aun su examen lo tomaron jamás en cuenta nuestros repúblicos».⁴⁶ Este fue el planteamiento, en definitiva, que expuso Víctor Balaguer en 1869 en el Congreso de los Diputados cuando proponía que la mejor forma de gobierno debía ser el modelo mixto de la «monarquía paccionada de Aragón», por ser la «más española y nacional».⁴⁷

Este lenguaje recuerda vivamente al de algunos discursos de fuerte contenido histórico del primer constitucionalismo español. Una tradición que parte de los debates preconstitucionales de

Cádiz, que luego fue reelaborada por el juntismo progresista de la década de 1830 y, pasando por el provincialismo posrevolucionario, llega a las puertas del Sexenio. Se trataba de un proyecto que pensaba la nación española desde las provincias y se presentó como alternativa al modelo de Estado-nación de los moderados. Ahora bien, a medida que avanzaba el siglo e iba cristalizando el proyecto de nación española liberal, el discurso provincialista fue quedando marginado, por un lado, respecto al discurso oficial y, por otro, dentro del propio progresismo. No de otra manera cabe interpretar las sucesivas acusaciones de «separatismo» que se vieron obligados a desmentir al menos desde 1854 en las páginas de *La Corona de Aragón*.⁴⁸ Paralelamente, sin embargo, fueron surgiendo dos propuestas que acabarían estrangulando completamente el provincialismo progresista: el federalismo y el regionalismo conservador, sería este último el que a la postre consiguió captar el legado provincialista.

En definitiva, los avatares de los discursos provincialistas aconsejan abrir la interpretación de los regionalismos y del discurso sobre la nación española a un análisis desde las culturas políticas liberales. Una perspectiva que valore el carácter abierto —no teleológico— de los «dobles patriotismos» permitiría acercarse mejor a la complejidad de las identidades regionales que se construyeron durante el siglo XIX. Pero la peripecia del provincialismo obliga, además, a considerar conjuntamente las propuestas culturales y políticas de la «periferia» y el proyecto de nación española. Si se separan estos ámbitos de análisis, lo que desaparece es la posibilidad de analizar la diversidad y las tensiones internas que —como cualquier otro proyecto de nación— encerraba el proyecto liberal de nación española.⁴⁹

48. Ver, *La Corona de Aragón*, Sección Política, 3 de noviembre de 1854.

49. F. ARCHILÉS y M. MARTÍ, «¿Una nación fracasada? La construcción de la identidad nacional española en el largo siglo XIX» (texto en curso de publicación, cuya consulta agradecemos a los autores).

